

...Historias con punto final

(VIENE DE LA PÁGINA 24)

Las interferencias subieron su intensidad y solaparon la señal de la emisión. Cogí el transistor y moví con cuidado el dial, pero al momento me llegaron las voces conocidas de mi emisora habitual. Por más que busqué, no conseguí encontrar de nuevo aquella emisión. Apagué la radio y me quedé durante unos minutos analizando lo que acababa de ocurrir. Tras varias consideraciones llegué a la conclusión de que todo se debía a la casualidad. Nunca había creído en historias sobrenaturales. Me fui a trabajar y el paso de las horas fue amortiguando la primera impresión, y, cuando llegó la noche, estaba convencido de que, mi propia imaginación, había aportado detalles al relato sugestionada por una impresión inicial.

Jueves, 10 de septiembre de 2009. Esa mañana estaba convencido de que desayunaría acompañado del relato de la actualidad, de la mano de las conocidas voces de siempre. Entré en la cocina y encendí el viejo transistor a pilas. El corazón me dio un vuelco cuando, entre interferencias, escuché una música con aires folclóricos. Moví el dial muy despacio, pero no conseguí escuchar ninguna otra emisora. Miré el reloj de pared y éste marcaba las ocho y veinte de la mañana. Puse la radio sobre la mesa y me senté a esperar. Diez minutos después, la música dio paso a la voz neutra que había escuchado cuarenta y ocho horas antes: "Son las ocho y media de la mañana. A continuación podrán escuchar el capítulo de hoy de 'Historias con punto final'". Sonó una breve música instrumental y el narrador comenzó a relatar la vida del personaje que ya conocía. A medida que avanzaba el texto sentí que un intenso frío que me recorría la espalda. Aquella, sin duda, era mi vida.

Contaba cómo aquel preadolescente se había enamorado perdidamente de su prima Lucía. Un amor que nunca confesó a nadie, ni siquiera a ella, pero que fue la inspiración de cientos de inocentes poesías que se fueron acumulando en una vieja libreta: "... aquel amor puro, con el paso del tiempo, se fue convirtiendo en un deseo más carnal. Aquellos poemas llenos de fáciles metáforas fueron adquiriendo un tono más adulto, y en ellos se podía adivinar la pasión que le inspiraba el cuerpo de Lucía" - continuaba la narración - "Pero un día todo terminó. El siempre había pensado que su prima también le amaba. Nunca se habían dicho ni una sola palabra de amor, pero estaba seguro de que ella entendía aquellas miradas y



aquellos leves roces que hacían que todos sus sentidos explotaran. En una comida familiar, Lucía presentó oficialmente a Francisco, su novio. Nunca pudo entender cómo nadie se dio cuenta de que casi creyó morir sentado a aquella mesa. Tuvo que cerrar los ojos para soportar la sensación de mareo y deseó con todas sus fuerzas que, al abrirlos, aquel joven con cara de estúpido no estuviera allí."

Apreté los puños al recordar aquel día. Mi mundo giraba en torno a su amor y entonces todo se vino abajo. Aprendí a odiar. Sentí dentro de mí un deseo irrefrenable de hacer daño, de destruir..., abortó en mis recuerdos, dejé de tener consciencia de la situación. Aquella emisión era mi vida, mis sentimientos más íntimos, pero ¿de donde provenía? El capítulo terminó a los quince minutos y el locutor anunció el siguiente capítulo para el próximo martes 15, exponiendo, brevemente, el contenido del mismo: "... cuando, llevado por el odio, cometió un hecho terrible." Temblaba y sudaba. Nadie, absolutamente nadie, supo nunca que aquel incendio no fue algo fortuito. No hubo sospechas, y todo se atribuyó a la mala fortuna de dejar un brasero eléctrico encendido.

Jueves, 5 de noviembre de 2009. Llevaba un mes de baja laboral. Me habían diagnosticado un cuadro de crisis de ansiedad y me habían recetado un sinfín de medicamentos que me adormilaban la mente. No tomaba ninguno. Quería estar despierto y alerta. Apenas comía ni dormía, y mi vida se centraba en esperar las emisiones de aquella radio que nadie más había escuchado. Había indagado, preguntado a todos mis conocidos, había rastreado por Internet, pero nadie escuchó nunca esas "Historias con punto final".

Los capítulos se habían ido

sucedido, y habían ido haciendo un retrato pormenorizado de lo que fue mi vida. Me trajeron a la mente recuerdos que el tiempo había borrado. Relataban acontecimientos de mi intimidad, y, aquella voz, detallaba con milimétrica precisión sentimientos que nunca conté a nadie.

Pero algo había cambiado en los últimos capítulos. Ya no relataban acontecimientos pasados... ahora me contaban mi futuro. Toda mi vida estaba escrita en ellos. Lo que allí se narraba, se cumplía, y nada podía hacer yo por evitarlo. Vaticinaron mi crisis de ansiedad, mi baja laboral y hasta una gotera que me produjo el vecino de arriba. Todo, hasta los más pequeños detalles, se contaba en aquellos capítulos. Aquella voz neutra, iba anunciando mi propia historia, mi futuro, mi vida... ¿también mi muerte?

Jueves, 3 de diciembre de 2009. Había estado toda la noche vagando por la ciudad. Cuando el cansancio que provocaba mi cojera me obligó a parar, me senté en el banco de una plaza que había junto a una farola y esperé. Las horas pasaban lentas. Una vez más saqué del bolsillo del abrigo una pequeña libreta donde iba apuntando los acontecimientos que, aunque no sabía cuando, se cumplían con precisión matemática. Tachaba aquello que ya había ocurrido y esperaba el siguiente acontecimiento, sabiendo que no podía hacer nada para evitarlo.

Cuando en la torre de una iglesia cercana sonaron seis campanadas, guardé la libreta, me levanté y con paso renqueante me dirigí hacia mi casa. Llegué cerca de las ocho de la mañana. Encendí la radio y la conocida música se dejó oír en medio de las habituales interferencias. Me senté a esperar con la libreta y el bolígrafo preparados. A la hora habitual se dejó oír la voz de

siempre: "Son las ocho y media de la mañana. A continuación podrán escuchar el penúltimo capítulo de 'Historias con punto final'...". Me quedé helado. No entendía porqué aquel era el penúltimo capítulo. Empecé a escuchar. El corazón me golpeaba fuerte en el pecho: "... siempre lo supo. Sabía que iba a suceder desde hacía tiempo y sabía que no podía hacer nada por evitarlo. En aquella libreta estaba escrita la fecha de su muerte. Abrió la tapa y leyó...". Me costaba respirar. Las manos me temblaban tanto que no era capaz de escribir. En ese momento subió la música y la voz de locutor anunció sobre ella: "El próximo martes, ocho de diciembre, último capítulo. En él conoceremos la fecha exacta de la muerte de nuestro protagonista". La música pasó a primer plano y las interferencias la fueron apagando poco a poco. Apagué el transistor y esperé. No se cuantas horas pasaron y no tengo una noción clara de lo que hice el resto del día. Por la noche, agotado, me acosté a intentar dormir...

Hoy, 8 de diciembre de 2009. Salí del cuarto de baño y me dirigí a la cocina. Me senté en la mesa con el bolígrafo y la libreta. Las manos me temblaban cuando encendí el transistor. La pieza folclórica ya sonaba. Lo hacía muy bajito, y las interferencias casi no dejaban oír. Iba a encontrarme con mi destino: "Son las ocho y media de la mañana. A continuación podrán escuchar el último capítulo de 'Historias con punto final'. La sangre bombeaba tan fuerte en mis oídos que me costaba oír. Las interferencias parecían hoy más fuertes que nunca. La voz prosiguió: "...En aquella libreta estaba escrita la fecha de su muerte. Abrió la tapa y leyó...". Y justo en aquel momento crucial, la radio dejó de sonar y un grito salió de mi garganta: "Joder, las pilas...".